

# Querido Diario:

Marcela Guijosa

*para mi tía Lucha María,  
y para Anita y Susi,  
mis queridas enfermeras.*

**P**ues finalmente, a punto de cerrar este atado de años, este ciclo azteca en mi cumpleaños número cincuenta y dos, además de encender un fuego nuevo, cambiaré totalmente de look.

Mi presentación será distinta, y espero que ahora sí se convierta en excelente. Yo creo que tendré por lo tanto que comprarme alguna ropita nueva, más elegante. Ir al salón de belleza a que me hagan algún tratamiento dramático: ¿Corte y peinado? ¿Rayos o luces? ¿Tinte rojo carmesí o morado oscuro? Tendré que intentar nuevos maquillajes y nuevos accesorios, nuevas posturas y nuevas técnicas de pronunciación.

Nueva sonrisa. Porque en una semana o dos estrenaré mi doble prótesis dental, es decir, mi nueva dentadura postiza.

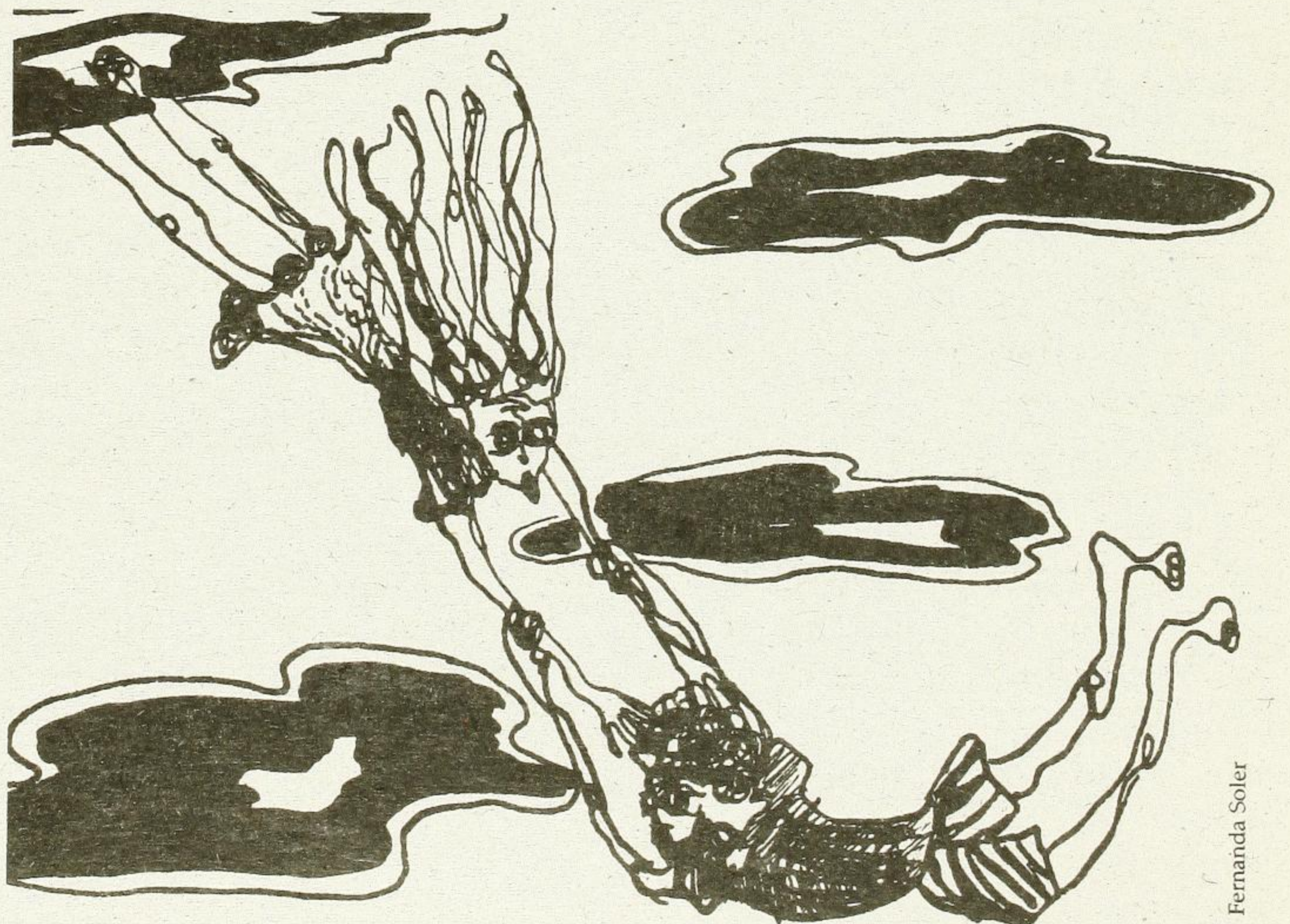
Por el momento me encuentro confinada en mis habitaciones, descansada, muy mimada y consentida, comiendo puras sopitas, jugos y huevos tibios. Llevo casi dos

semanas así. Lo bueno es que poco a poco el dolor ha ido disminuyendo.

Porque el día del procedimiento mecánico-quirúrgico estuvo espantoso. Kilos de anestésico inyectados en toda mi boca. Las extracciones, unas fáciles, otras difíciles. Dolor en algunos lugares donde misteriosamente no llegó el abundante líquido adormecedor. Bisturí para abrir las encías. Raspado y limado del hueso. Puntos de sutura. Primero el maxilar inferior, luego el superior. Dos horas y media recostada en el sillón que sigue siendo infernal a pesar de todas las nuevas tecnologías.

Esta operación se llama regularización del proceso. Yo creía que significaba proceso de regularización, pero no. Poco a poco he ido comprendiendo el lenguaje de los odontólogos: ellos le dicen proceso a la encía.

Luego, para que me fuera a mi casa con



Fernanda Soler



dientes, me pusieron los aparatos llamados prótesis inmediatas. Costó mucho trabajo ponerlas, pero no me importó: tenía anestesiada toda la cabeza.

El doctor dijo: llegando a su casa, se quita los dientes, para que descanse. Okey. Obedecí fielmente, y aunque me costó sangre, sudor y lágrimas, lo logré. Después, al segundo, tercer y cuarto día, intenté ponérmelas. Jamás me entraron, nunca.

Ahora, doce días después, me tomaron un nuevo molde para hacer unas prótesis, digamos, intermedias, porque definitivas quién sabe. Ellos creen que dentro de seis meses mi proceso estará ya perfectamente normal y podré mandarme fabricar las meras buenas.

Yo quisiera que estos próximos dientes, para los meses que vienen, quedaran, además de cómodos y eficaces, estéticamente convenientes. Me espera una fiera batalla. Porque los doctores y los técnicos tienen ideas fijas: hacen

las dentaduras con los dientes chiquitos, parejitos y juntitos. Metidos para adentro. He estado por lo tanto estudiando fotos donde aparezco sonriendo, hablando, cantando, para ver cómo eran mis queridos incisivos, caninos y premolares: grandecitos, anchitos, levemente saliditos y disparejos. Qué bonita sonrisa tenía yo.

Claro que ya sé que, evidentemente, jamás será lo mismo. Ya lo acepté. Me conformaré con algo parecido, algo que conserve de alguna manera mi personalidad de siempre.

Algo que me haga olvidar a ratos esta cara que tengo hoy. Otra persona, una viejecita dulce que yo no conocía, me mira desde el espejo. Me paso largos ratos viéndola, abriendo y cerrando ese hueco infinito y negro, sonriendo, gesticulando,

buscando mis labios perdidos. •

Es asombroso: no soy yo. Ese rostro tiene rasgos de Sara García, de doña Prudencia Griffel, de mi abuelita Paz y de mi abuelita Sara. Es una cara que se hizo chiquita, que tiene otra mirada, que habla de otro modo. Me recuerda a mi querida tía Lucha, aquella tía chimuela, cuyo marido, cuando éramos niñas, nos decía que ella había sido cirquera y que de tanto hacer su número, colgada del trapecio con los dientes, los había perdido.

Yo también soy la cirquera caída. Soy todas las mujeres desdentadas, soy todas las abuelas, soy la anciana que seré. Soy vieja.

Pero en dos semanas, Dios mediante, prenderé el fuego nuevo. Me disfrazaré de señora guapa de mediana edad, celebraré mi cumpleaños masticando con cuidado unos chiles en nogada, practicaré lectura en voz alta, estrenaré nueva presentación y, con mi flamante sonrisa, saldré al mundo, a comérmelo enterito. *Fern*